

¡Nunca ha habido un «seductor»!

Con el talante transgresor que le caracteriza, Fernando Arrabal reflexiona sobre lo que considera el «mito de la seducción» y recuerda al personaje de don Juan, inmortalizado por Tirso de Molina y José Zorrilla

FERNANDO ARRABAL

Todos, hombres o mujeres, queremos y anhelamos, como nos importa, morir de amor. Pero nunca ha habido un «seductor». Ni en el Estado de la Nación ni en el Senado de Kamasutra. La seducción es un mito nuestro. Un infundio masculino.

Por excepción, puede ser que un hombre o una mujer haya seducido a más de una persona. Pero no se pueden repetir nuestras trolas exponenciales. Las patrañas encopetadas o los tufos y altanerías de los Casanovas, los Molière, los Zorrillas o los Lorenzo da Ponte (el libretista del *Don Giovanni*). La golondrina retorna incluso si está de vuelta de todo.

El negocio más lucrativo ha sido y es el prostíbulo. Lugar que ahora y siempre frecuentan los mejores de nosotros. Como Nietzsche, como Casanova, como Francisco I, como Maupassant, como Baudelaire, como todos los pirañas de tocadores y duchas.

Muchos de nuestros antepasados rojos y blancos, religiosos o ateos, superdotados o estúpidos, rapsodas o poetas, triunfadores o arribistas, patronos o dependientes murieron sifilíticos. Liszt y Lord

Byron, Lenin y Feydeau, Antonio Machado y Balzac, Howard Hughes y Van Gogh, Flaubert y Schubert, Gauguin y Manet, etc. y etc.

Las peores torturas

Porque ninguno podía, ni podíamos, ni podemos dominar las ganas de «juntarnos» con una escoba con sostén. Por eso los hombres elegimos, forzados por nuestras «pulsiones», lo más peligroso y sencillo. Pagarnos una prostituta.

Ayer sabíamos que no había remedio contra la sífilis. Que moriríamos entre las peores torturas, entre horriblos trastornos mentales y gérmes de tortugas ninja. Con nuestras partes más nobles atravesadas en su interior por hierros candentes como la Bultaco de Nieto.

Pero aun conociendo el bárbaro final de nuestras vidas no podíamos dejar de adoptar la única solución a nuestro deseo frenético de amontonarnos con «cualquiera».

Cada día se alquilan los servicios pagados de la profesional más impar o más chocante. A la que a menudo, los clientes hacen como que la violan.

Por cierto según las estadísticas lejos de seducir los hombres violan desde el año ca-

tapún. Para comenzar, a sus propias novias, compañeras o esposas. Por la fuerza de las bayonetas, o de la costumbre, o por descuido.

Los «se-duc-to-res», en efecto, saben que la sífilis es ya una enfermedad curable. ¡Uf! ¡Eureka! Y que el horroroso sida... Pero gracias a nuestra «maravillosa» civilización además hemos conseguido violar al propio mito de «Don Juan».

Ya no es como fue pensado y escrito por genio-Tirso: un «burlador de Sevilla». Es decir, un mentiroso incapaz de seducir. Exactamente como nosotros. Incapaz también de hacer-se-a-mar por sus únicas

cuatro posibles y deseadas «novias». Las del mito.

A pesar de todas sus camotes y embrollos «el-se-duc-tor» de Tirso no puede enamorar por sus propios encantos. Ni haciéndose pasar en la obscuridad por el novio de la víctima. Exactamente como todos los machos.

Pero al personaje del mito lo hemos convertido en un adalid, un titán, y un semidiós. Y mejor aún en puro «supermán». Capaz de abarraganarse, según su criado Leporello, a todo trapo, a rienda suelta, a toda prisa, y a todo gas. Como hoy en día. Apuestos metrosexuales que como Don Juan enamoran, seducen y duermen, al fin, «con noventa y una turcas, cien francesas, doscientas treinta y una alemanas o seiscientas cuarenta italianas». E incluso ¡con «mil tres españolas»!

Los auténticos prostibulos llenos a rebosar son evidentemente tan numerosos como siempre. Se llaman en general «sitios de encuentro», «puticlubes» o «salones de masaje».

Y en particular «Attractive Castillo», «Very easy flirt», «Para solteros exigentes», «Élite RDV», «En busca de sensa-

Bajo estas líneas, Fernando Arrabal



Escena de uno de los últimos montajes de «Don Juan Tenorio», dirigido por Blanca Portillo

ciones», «Encuentros serios», «Novias rusas», «Love Your Imperfections», «Club love plus».

O bien «Adopta un chorro» donde «ingenuas inocentes sueñan con meterte en su nido», cuando solo interesa «el 5 a 7» con «pecados mortales».

Todos estos sitios los frecuentan una inmensa mayoría de hombres. Más del 95% de los inscritos. Frente a una minoría de mujeres. Menos del 5%.

Los hackers (ese grupo de benévolo) publica los datos reales de los «sitios» de «encuentros adulterinos». Los datos privados de millones de miembros. Las revelaciones comportan nombres, apellidos, direcciones, mails y los gastos de los utilizadores.

Los piratas benévolo amenazan con divulgar los datos si los «sitios de encuentros» y «salones de masaje» y otros prostibulos no cierran. Denuncian las mentiras de las riquísimas mafias. Puesto que se atreven a proponer una opción de pago que permitiría suprimir todos los datos del sitio. Lo cual, aseguran los benévolo, es «obviamente falso».

Recóndito

Y, sin embargo, nuestra formidable (sin ironía ninguna) civilización occidental solo ha creado dos mitos. Y yo diría que el primero, el más asombrosamente definitivo, es el de Tirso. Con razón para Ortega y Gasset donjuan es «el problema más recóndito, más abstruso, más agudo de nuestro tiempo». Aunque todos los terrenales soñamos con locura de amor.

El mito es una mentira que dice la verdad.

[Según algunos Andrés de Claramonte es el autor del «Burlador». Obviamente ¿Claramolina o Tirsomonte? tenía que ser un genio español. Una pizca de lluvia permite a la tarántula cubrir de diamantes su tela].

Las tribulaciones de un espía noruego

Arrabal regresa a la novela con un texto quimérico en el que rinde homenaje a Cervantes y Shakespeare, y vitupera a don Juan

JUAN I. GARCÍA GARZÓN

El *circunspecto*, ¿es una novela acribillada de diálogos al estilo teatral o es una pieza de teatro con

pasajes novelados? Tal vez sea una apuesta transgénero en la que Fernando Arrabal rinde tributo a Shakespeare y a Cervantes (él lo escribe Cervantes, como el gran manco hacía

en sus manuscritos, aunque en la primera página de sus libros apareciera el apellido con «v» o con «u», como era uso de la época), haciendo que se otorgue a la pareja prodigiosa el premio Nobel de la Paz. «Si este mundo quiere paz y concordia, debería mirarse más en la obra de Cervantes y Shakespeare», asevera en el epílogo del volumen alguien que firma como P. H. (Pollux Hernández), también autor del prólogo y tras el que se transparenta la risilla sardónica de un dia-

blejo arrabalesco sosias del propio autor.

Juego de espejos

«Cuando me pongo a escribir, realizo un viaje entre la alucinación y la perspicacia», dice el creador. Y, en efecto, parece que la hacendosa colaboración de esas dos magnitudes haya impulsado la singladura de *El circunspecto*, un texto quimérico en cuyo cuerpo se agitan la erudición y el humor, la pasión y la conspiración, el latido moral y el desenfreno, las

descripciones sexuales crudas y el pudor de sugerir las palabras malsonantes con su inicial seguida de puntos suspensivos: un destilado del más puro Arrabal. Me ha parecido advertir en esta novela, llámemosla así, ya que lo quiere quien la ha escrito, ecos de su última pieza teatral, *Pingüinas*, otro producto excesivo de su fervor cervantino. Desmeara y risa, homenaje y revelación, y hasta similar gusto, a veces chocarrero, por las análogías (ahí van algunas de las

que borbotean en estas páginas: «es más difícil que depilar al hombre lobo», «esto es más raro que una perdiz con ligero», «eres más pesado que un portaviones a remo...»). El circunspecto del título es un espía noruego que se gana la vida en un mundo de espías, pues, según nos revela, los altos dignatarios de todos los países se divierten escuchando conversaciones secretas y todos ellos se espían entre sí con regularidad, además de llevar su «espionitis» a cade-

nas de televisión, centros de edición, hospitales públicos, clínicas privadas, bares y clubes.

El circunspecto narrador tiene el encargo de la Asamblea Nacional y el Servicio de Información noruegos de vigilar, por medio de cámaras a las que nada escapa, a los cinco jurados encargados de dilucidar a quién se otorgará el

Nobel de la Paz: una matemática de 39 años, un abogado de 72, una filósofa de 37, un ingeniero informático de 38 y una poeta maldita de 29. Desde su privilegiada posición de voyeur, además de estar al tanto de lo que hablan, es testigo de cómo Ole Georg Løyte, el informático, viola en el mismo día a sus tres compañeras tras drogár-

las, y lo hace en una sala del Parlamento presidida por *El grito* de Edvard Munch. A todas confiesa luego su arrepentimiento y su desesperado amor. Al cabo, birla el cuadro y desaparece. Engarzadas en esta trama, en la que el circunspecto cumple la función de narrador omnisciente, hay teología, etimología, ajedrez...

Una novela que tiene mucho de juego de espejos, alterna momentos hilarantes y pasajes delirantes, y en su condición de divertimento, hará

las delicias de las muchedumbres arrabalianas y aumentará los denuestos de sus odia-dores.

El circunspecto Fernando Arrabal

Narrativa Reino de Cordelia, 2016 176 páginas 16,50 euros



SE AGITAN LA ERUDICIÓN Y EL HUMOR, LA PASIÓN Y LA CONSPIRACIÓN, EL LATIDO MORAL Y EL DESENFREDO